

JAVIER SIERRA



EL PLAN MAESTRO

El plan maestro

Javier Sierra

El plan maestro

 Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Javier Sierra; Picatrix, S. L. (2025), en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

Imágenes de interiores: © ACI, © Album, © G. DAGLI ORTI / DEA / Album, © Frida Kahlo, VEGAP, Barcelona, © Frank Nowikowski / Alamy, © M.Sobreira / Alamy, © Oronoz / Album, © Fine Art Images / Album, © Renata Sedmakova / Shutterstock, © 2025 Banco de México Diego Rivera Frida Kahlo Museums Trust, Mexico, D.F. / VEGAP, Barcelona, 2025 © Katsumi Murouchi / Getty Images, Cortesía de © Marc y Marie Christine Groenen

Ilustraciones de interiores: © Salomart

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2025
Depósito legal: B. 479-2025
ISBN: 978-84-08-29696-6
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella
Printed in Spain - Impreso en España



*El buen maestro no es quien te da el conocimiento,
sino quien te enseña a encontrarlo.
En recuerdo de Antonia Kerrigan y Matías Díaz Padrón.
Y con gratitud para Carlos Revés.
Tres maestros.*

«El arte evoca el misterio sin el cual el mundo no existiría».

RENÉ MAGRITTE (1898-1967)

«Debería ponerse a la entrada del museo una advertencia. ¡Cuidado con los guías invisibles! El museo está lleno de ellos, por todos los rincones».

JUAN ROF CARBALLO (1905-1994)

«Saber mirar es una forma de inventar».

SALVADOR DALÍ (1904-1989)

«Lo increíble es la verdad».

Lema de la revista mexicana *Duda* (1971-1992)

Doce años después de *El maestro del Prado*

La memoria es una maldita trampa. Nunca he estado tan convencido de ello como ahora. Los antiguos griegos la personificaron en Mnemosine, hija de Urano y Gea, dioses del cielo y de la tierra, y madre de las nueve musas protectoras de todo arte y ciencia verdaderos. Hoy menospreciamos su aspecto mitológico, pero los humanos llevamos milenios construyendo nuestra identidad sobre ella, dejando que nos defina por dentro y por fuera. De hecho, hemos naturalizado tanto su gobierno que rara vez reflexionamos sobre si los recuerdos que la integran están bien contruidos, si se han contaminado de medias verdades o, aún peor, de mentiras inculcadas por maestros que nos confundieron.

Ni siquiera la invención de la escritura ha evitado que la pervirtamos. Aunque, ahora que lo pienso, quizá sea la actual omnipresencia de la palabra impresa lo que justifique el desdén que sentimos por construir bien nuestras vivencias y conocimientos. Habitamos una época extraña en la que, en vez de fijar los recuerdos a nuestros cerebros, preferimos confiarlos a un disco magnético o a una enciclopedia virtual. Y, en la decadencia que produce esa externalización, nos resulta indiferente que nuestras experiencias contengan errores, que estas sean fruto del azar o que en ellas haya intervenido algún plan meticulosamente construido por terceros para guiarnos. Para manipularnos.

Yo me resisto a dejarme devorar por semejante leviatán. Sigo cuidando mi memoria. Lo hago a diario, con cada acción.

De hecho, mi interés por mantenerla a salvo no solo está presente en mis obligaciones como escritor, sino que se ha convertido en una obsesión. De algún modo, ella es la que ahora impulsa el repaso que necesito hacer de ciertos acontecimientos que vi con mis propios ojos y de los que dudo a veces. Hechos que protagonicé, otros que investigué, y que he mezclado en estas líneas hasta hacerlos converger en el relato que aquí presento.

Los sucesos que voy a exponer sucedieron a principios de 2013, al poco de dar a imprenta unas memorias incompletas en las que reconstruí algo que viví en Madrid, siendo un recién llegado a la Facultad de Ciencias de la Información. Terminé de escribirlas frustrado, incapaz de identificar a un extraño interlocutor que hasta en cinco ocasiones me asaltó en las salas de pintura del Museo del Prado para darme unas lecciones de arte que nunca solicité. El mismo que, tras confiarme su visión de ciertas obras maestras, desapareció sin dejar rastro, haciéndome vacilar de mi cordura.

Sé que todo aquello fue real. Sucedió. También que me llenó de dudas. ¿Por qué me escogería un perfecto desconocido para contarme *aquello*? ¿Por qué se fue nada más hacerlo? ¿Y por qué elegiría esa manera de enseñarme a mirar una obra de arte, apareciéndoseme en cualquier rincón del museo durante algunos días, invitándome a descifrar mensajes ocultos en las pinturas, en vez de empujarme de un modo racional hacia su belleza y dejarme varado en ella, como casi todo el mundo hace?

Pitágoras, el más esotérico de los filósofos de la antigüedad, dijo una vez que «el comienzo de la sabiduría es el si-

lencio». ¿Fue eso lo que quiso inculcarme como lección final, sin palabras, aquel individuo?

Mis cinco encuentros con ese *maestro* —no sé qué otra palabra puede definirlo mejor— me convertirían, años después, en autor de novelas como *La cena secreta* (2004) o *El fuego invisible* (2017). Y yo, completamente ciego, he pasado décadas preocupado tan solo por saber si lo que vi fue un fantasma —como aquel Belfegor que desde hace tiempo dicen que se deja ver por las salas del Louvre— o un ser humano de carne y hueso.

¡Qué torpe fui!

Ahora comprendo que solo los que nos dejan una cicatriz en la memoria viven para siempre. No tienen que venir necesariamente del más allá ni ser criaturas con capacidades sobrenaturales, aunque puedan atesorarlas. Simplemente, habitan entre nosotros.

Mi habitante particular siempre desprendió un aura especial. Dijo llamarse Luis Fovel. «Doctor Luis Fovel», precisó. Era un tipo alto, entrado en años, con pelo canoso, rictus severo y una mirada capaz de atravesar a cualquiera. En las ocasiones en que me salió al paso, lo hizo con el mismo abrigo de paño antiguo, a veces apoyado en un bastón con empuñadura de plata y esbozando una sonrisa contenida, casi forzada, como de *Gioconda*. Con sutileza me guio por una selección de obras cargadas de significados velados. Según él, esas pinturas formaban parte de un *arcanon* —«un canon o lista de arcanos»— tan secreto y frágil que hacía del arte una suerte de pasarela a un mundo invisible, poblado de espíritus, arquetipos y símbolos. Quizá todo sea lo mismo. Quién sabe. El caso es que esa lista la atesoraba un grupo que llevaba siglos dosificándosela a los humanos y de la que no me dio otra referencia. Luis Fovel jamás reveló si el colectivo al que pertenecía tenía un nombre ni tampoco dijo dónde podría encontrarlo.

Hace tres décadas, cuando aquello ocurrió, yo era tan inocente que, llevado por la emoción de sus revelaciones, puse para otro momento la tarea de averiguar algo más sobre «ellos». Fui un crédulo. No me di cuenta de que lo ignoraba todo sobre aquel desconocido y su sociedad de *guardianes del arte* y que, por tanto, era imposible calibrar el verdadero valor de sus lecciones. Pero el doctor Fovel hablaba con palabras tan envolventes que pronto mi necesidad de conocer su identidad quedó relegada a un segundo plano. De hecho, no fue hasta pasado un tiempo, al querer escribir sobre él, que me empeciné en confirmar su existencia.

Pero fue imposible.

Todas mis averiguaciones se estrellaron contra un muro. Ni una sola cita en libros de arte, ni una alusión en revistas especializadas o en actas académicas. Los expertos me miraban con conmiseración cuando les preguntaba y en el Museo del Prado se reían en voz baja de mi ocurrencia.

Hubo un momento en que sentí que Mnemosine me había dado a beber de las aguas del Leteo, el río del olvido. Ante mi falta de avances, llegué a pensar que aquel doctor había sido solo un tropiezo de mi imaginación. La idea creció tentadora, cómoda, y terminé convirtiéndola en literatura. Sin embargo, tras la publicación de *El maestro del Prado* —una especie de «libro-vida», al estilo de Proust— tuve que reabrir el caso. La causa fue el aluvión de cartas de lectores que recibí en los meses siguientes a su lanzamiento. Mi libro, escrito por alguien que no era un experto en arte ni lo pretendía, se tradujo al inglés, pero también al polaco, al rumano, al ruso e incluso al japonés, y las misivas con pistas que hablaban de encuentros similares al mío en todo el mundo comenzaron a amontonarse en mi escritorio. Fueron centenares. Todas hablaban de apariciones interrumpidas, a me-

nudo más efímeras aún que las de Fovel, que presentaban un patrón imposible de pasar por alto. Por lo general, un extraño se acercaba a un joven o a un niño en un lugar público, se ganaba su confianza mediante conversaciones sobre arte o historia y, tras deslumbrarlo con descubrimientos impensables, se desvanecía para no volver a aparecer jamás.

Aquello escondía una especie de lógica. Un patrón. O eso pensé. Todo cumplía una pauta inadvertida que avivó —y de qué manera— mi interés por reencontrarme con el maestro. Pero yo no era ya un adolescente y me iba a costar resintonizar con la inocencia que quizá me había conectado con el doctor Fovel.

Un pequeño detalle, común a cada incidente, confirmó la necesidad de reabrir el caso: todos los «forasteros misteriosos» a los que se referían mis lectores —por usar un término acuñado por primera vez por Mark Twain en 1908, y evitar otros más equívocos como *espíritu*, *visión* o *fantasma*— mencionaron de manera explícita la existencia de un listado de obras maestras de la pintura que actuaban como puertas. Y aunque ninguno, que yo sepa, recurrió específicamente al término *arcanon* usado por *mi* visitante, ese concepto del *arte como umbral* sobrevoló cada una de sus lecciones. Al aludir a *puertas*, se referían a aquellas composiciones que pintaban lo invisible al ojo humano y que empujaban a nuestra conciencia a aceptar que coexistimos con mundos sutiles. Explicaban, además, que por esa razón la historia de la pintura está tan llena de criaturas imposibles. Pero también de geometrías, acaso geografías, que trastornan nuestra percepción y la alteran hasta hacernos ver lo que normalmente está oculto a los sentidos.

Por desgracia, esos «forasteros» cumplían a rajatabla con la constante que me había llevado a repudiarlos durante años: se desintegraban siempre en cuanto parecían a punto

de entregar la llave de los umbrales. Como si ellos mismos formaran parte de los mundos a los que prometían llevarnos y les resultara *físicamente imposible* entregárnosla de verdad.

«El comienzo de la sabiduría es el silencio», me martilleaba Pitágoras.



Hace doce años no pude imaginar que tan desapercibida y universal actividad docente era algo orquestado eones atrás. Ahora lo sé. Los indicios que he acumulado fueron llegando poco a poco. Todo comenzó el día en el que, olvidado ya el desconcierto en el que me sumió la desaparición de Luis Fovel, decidí pasar un verano —el de 2013— recorriendo cuevas rupestres en el norte de España. Allí, escuchando a los guías que me llevaron al interior de algunas grutas con pinturas fechadas hace entre sesenta y quince mil años, oí por primera vez hablar de lo que quiero contar en este libro. Aunque también fue entonces, entre Madrid, Florencia, París y Ciudad de México, donde se sucedieron otros incidentes que he tratado de reconstruir dentro de una línea cronológica coherente y que están íntimamente asociados a esta historia.

Ahora, al fin, tras encajar las piezas, creo haber atisbado el verdadero y antiguo *plan* de esos maestros. Su *plan maestro*. Un diseño que me veo impelido a narrar como actor y observador a la vez. El esfuerzo de levantar una obra con esa doble mirada ha sido ímprobo y me ha obligado a ensamblar fragmentos de memorias propias y ajenas de un modo poco convencional en literatura.

Esta es, pues, la más osada de cuantas historias he dado a imprenta.

—¡Atención! Cuando entremos, caminaremos en fila india, de uno en uno. Está prohibido llevar mochilas ni nada que pueda dañar las paredes. La cueva es muy estrecha. ¿Lo habéis entendido?

El tono de Sandra era imperativo. La chica tendría veintipocos, melena rubia recogida en trenza y una galaxia de pecas expandida por los mofletes. Vestía el forro polar rojo que el Gobierno de Cantabria proporcionaba a sus guías. Si no se hubiera dirigido a nosotros con aquel aplomo, habría pensado que ese era su primer trabajo. Quizá era una estudiante de doctorado. O ingeniera forestal en prácticas. El caso es que nos soltó su retahíla en un tono tan grave que no me cupo duda de que se sentía la guardiana del lugar. Y eso me gustó.

—¡No se os ocurra tocar ni llevaros nada de ahí dentro! —gritó en tono amenazante—. ¡Es un delito tipificado contra el patrimonio!

Sandra nos recibió a mi familia y a mí al final de un camino sin asfaltar. No la habíamos visto al reservar las entradas en el centro de interpretación esa mañana, pero tampoco nos importó. Estábamos de vacaciones y cualquier cosa nos parecía bien. La chica llegó a la hora impresa en los *tickets*. Lo hizo en un todoterreno blanco, desprendiendo efluvios de lavanda y con un *walkie-talkie* colgado de la cin-

tura que pitaba de cuando en cuando. Recuerdo que nos saludó tasando con escepticismo lo que tenía delante: un matrimonio joven con dos niños pequeños equipados con mochilas de Bob Esponja, gorras de visera y calzado deportivo, como si fueran jugadores de un equipo de fútbol escolar.

Entonces enarcó una ceja antes de hacernos otra advertencia:

—La cueva de Hornos de la Peña no es amable. Os lo habrán avisado, ¿verdad?

Mi mujer y yo nos miramos antes de asentir.

—Estupendo —resopló—. Hay que atravesar unas grietas estrechas. Recorreremos un tramo en cuclillas, junto a unas estalactitas de cien mil años que no se pueden ni rozar. Será incómodo.

—¿Incómodo? ¿Cómo de incómodo?

—Es un sitio húmedo. Os mojaréis los pies. No veréis más allá de vuestras narices y deberéis pedir a los críos que vayan siempre por delante. Aunque, si creéis que pueden alterar o romper algo, será mejor que se queden fuera. ¿Está claro?

Los pequeños se alarmaron ante la perspectiva de quedarse fuera.

—Creo que no nos hemos presentado —sonreí, buscando suavizar aquella hosca bienvenida—. Somos Eva, Martín, Sofía y Javier. Acabamos de llegar de Madrid. Y prometemos portarnos bien. ¿Verdad, niños?

Los pequeños, que tenían los ojos tan abiertos como yo, confirmaron mis palabras con un tímido movimiento de cabeza.

Eva explicó a Sandra que estábamos allí de vacaciones y que yo tenía un interés especial en el arte rupestre. Mi mujer también le dijo que yo pretendía escribir un libro sobre

las cuevas, pero a la chica no le impresionó. Sandra Vázquez Rey —leí su nombre completo en la identificación que llevaba prendida del pecho— se limitó a escucharla. Seguramente éramos su primera visita del día y tenía demasiadas cosas en la cabeza como para empatizar con una familia de la gran ciudad que no tenía ni idea de cómo manejarse en una caverna.

Martín acababa de cumplir ocho años. Sofía, casi siete. Habíamos alquilado un viejo molino en Puente Viesgo, a menos de quince minutos de allí, y aspirábamos a pasar el mes explorando las principales atracciones de la zona. El norte montañoso de España era el único refugio seguro para los bochornos de agosto y, aunque la visita a Hornos parecía una excursión más, mi mujer y yo éramos conscientes de que recorrer un recinto catalogado como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco era elevar nuestras aventuras a otro nivel. ¿Qué iba a hacerle? Había pasado un año fuera de casa por culpa de la promoción de mi última novela y me había comprometido a darles un verano inolvidable. Lo que quizá no esperaban era que *inolvidable* significara empujarlos hasta una gruta lóbrega y angosta, perdida en mitad de un risco, a seiscientos kilómetros de casa, con una ogro por cicerone.

Los niños plantearon un alud de dudas.

—¿Es muy estrecha?

—¿Hay murciélagos, papá?

—¿Y escorpiones?

—En las cuevas viven abejas, Sofía.

—¿En serio?

Las dudas de los pequeños arreciaron como balas en un tiroteo.

—Disculpa, no será muy profunda, ¿verdad? —preguntó Eva, preocupada.

Empezaba a comprender por qué le había insistido en que lleváramos calzado cómodo. Pero Sandra, lejos de disipar sus temores, añadió otro a su lista: bajo tierra haría más fresco y los chicos podrían enfriarse.

—Te voy a matar. Esto se avisa... —me susurró con un puntapié Eva.

No era para tanto. Nuestra excursión iba a ser distinta a las que habíamos hecho hasta entonces. La edad que tenían Martín y Sofía era perfecta para mi plan. Su mirada incólume todavía era *culturalmente libre*, con una capacidad para asociar conceptos que no había sido domesticada del todo por la educación. Y esa era, precisamente, la clase de valor que pensaba probar aquella mañana.

En efecto: yo tenía un plan *secreto* para aquel viaje. Era una idea que había nacido meses antes de los libros de arte paleolítico acumulados en mi despacho. Las horas de lectura me habían hecho incubar un experimento para el que no quedaba ya mucho tiempo. Tal vez solo aquel verano. Y es que, en alguno de aquellos volúmenes, había leído que los menores de ocho o nueve años —como mis hijos, vaya— eran el mejor aliado posible para visitar una gruta con pinturas y entenderla.

No sabría decir si fue Jean Clottes,¹ el gran experto francés en el paleolítico, o quizá algún colega suyo, el que lo dijo: «Los niños tienen un instinto innato para reconocer arte en una pared prehistórica». Según ellos, cualquier pequeño de corta edad es mucho más capaz que un adulto medio a la hora de discernir trazos o sombras con significados en las rocas de una gruta rupestre. Los niños son capaces de interpretar todo lo que a nosotros nos pasa inadver-

1. Jean Clottes, *La prehistoria explicada a los jóvenes*. Paidós. Barcelona, 2008.

tido. Su cerebro es más plástico, está más alerta y posee la inteligencia de dar sentido a cualquier raspadura, detalle o hendidura banal en un muro. Pero lo que resulta aún más asombroso es que consiguen que los adultos terminen viendo lo mismo que ellos, como si tuvieran la capacidad de despertar en terceros una forma de percepción que se olvida con la edad.

No es magia, leí. Se trata del mismo mecanismo psicológico que nos lleva a reconocer rostros en las nubes o figuras en los posos del café. Con el tiempo, dejamos de verlas, pero, si alguien nos reconecta con ese saber, lo recuperamos en el acto.

¿Tendrían ese superpoder mis hijos?

La duda no podía divertirme más.

¿Serían aquellos dos mocosos capaces de encontrar imágenes grabadas hace miles de años, salvajemente erosionadas por milenios de humedad y abandono, en la cueva a la que nos dirigíamos? ¿Me ayudarían a descifrar sus misterios?

Naturalmente, preparé mi experimento con la complicidad de Eva. Ella, bailarina devenida en economista, había pasado casi dos décadas enseñando ballet en Málaga a niñas pequeñas y había desarrollado una formidable capacidad para relacionarse con ellas. De hecho, fue quien me animó. Incluso me dio la clave para bautizar aquel proyecto. Convinimos en llamarlo operación Vultus, ‘mirada’ en latín. «Vas a observarlos mientras *miran*, ¿no es eso?», me dijo.

Lo que no preví fue que aquella joven con aires de general que nos recibió en Cantabria fuera a adelantársenos en nuestro experimento.

—Sofía, Martín..., ¡atentos!

Ajena a nuestro Vultus, Sandra les tendió unos cascos

de plástico amarillo, como de albañil, que los convirtió en dos pequeños champiñones.

—¿Estáis preparados?

—¡Listos! —corearon tocándose la cabeza, divertidos.

—Pues vamos.

Al minuto, los cinco ascendíamos por un camino que escalaba hasta un cortado de piedra orientado a poniente. A esa hora temprana, estábamos solos. Ninguna señal marcaba el lugar al que nos dirigíamos. Caminábamos pegados a una barandilla de madera, solo unos pasos por detrás de nuestra guía, por un suelo cubierto de ramas que crujían bajo nuestros pies como si masticáramos *chips*. El aire olía a moho, y a lo lejos se percibía el fragor del río Tejas, tan potente que nos obligó a levantar varias veces la vista hacia un valle verde y espacioso, infinito.

—¡Qué bonito es esto, papá! —se extasió Sofía.

Vencimos la pendiente y dejamos atrás el bosque. Fuera ya del cobijo de los fresnos, en una explanada repentina y al abrigo de un talud, tropezamos con una puerta de hierro encastrada en la roca. Sandra se detuvo frente a ella, revisó el enorme arco de piedra que la cubría a modo de dintel natural y se volvió hacia los champiñones con una propuesta insólita.

—Muy bien, niños... Antes de pasar al interior, me gustaría comprobar si estáis preparados para convertirnos en pequeños prehistoriadores. —Sus ojos centellearon mientras localizaba la llave de la cancela en el puñado que se sacó como de la nada—. Decidme, ¿podéis ver algo aquí?

La guía hizo un vago gesto hacia la pared de roca que teníamos delante. No parecía gran cosa. Eva y yo la escrutamos sin ver más que un corte cubierto de musgo.

—¿Qué se supone que debemos...?

Sandra nos hizo callar.

—Chisst. No. Ustedes no. Los niños.

Entusiasmados, los niños la examinaron, curiosos. Durante unos segundos, no despegaron su mirada de la pared. Me sorprendió la facilidad con la que entraron en el juego, aunque mi sorpresa fue aún mayor cuando, de pronto, la pequeña dio un respingo y señaló con el índice algo que estaba justo por encima de su cabeza.

—¡Mira, papá! ¡Ahí!

¿Estaba Sandra sometiéndolos al mismo examen al que yo...?

—¡Es un caballo grande! —añadió.

—¡Y está muy gordo! —matizó su hermano, pisándole las palabras.

—¡Y flota!

—¿Flota? —se extrañó Sandra.

—Pues claro. —Sofía señaló los cuartos traseros del equino—. Mira las patas de atrás. Caen hacia abajo, como si no tuviera un suelo en el que apoyarse. ¡Ese caballo está volando!

Eva y yo, atónitos, nos encogimos de hombros, todavía incapaces de distinguir nada. La roca estaba vacía, total y absolutamente vacía. ¿Un caballo volador? ¿Pero dónde?

—¡Muy bien, chicos!

Solo cuando el gesto de nuestra anfitriona dibujó en el aire aquel contorno ecuestre de caderas enormes y cuello corto, distinguimos algo. Los niños tenían razón. Aquello parecía cosa de magia. Allí, en mitad de lo que parecía un cortado desnudo, había una forma. Era una silueta gris, apenas perceptible. Alguien la había trazado alrededor de una protuberancia de la piedra que encajaba con la panza del animal y que era prácticamente invisible. Al acercarnos, vimos que la figura no estaba pintada, sino raspada, y que las incisiones no eran toscas ni pobres, sino muy precisas, y

que perfilaban un animal de enormes caderas, ingrávigo, en mitad de la nada.

Una visión.

—*Vultus, vultus* —me susurró Eva, conteniendo la risa—. ¡Y no somos capaces de ver ni un bulto!



Caballo en el exterior de la cueva de Hornos de la Peña. Cantabria.
Aproximadamente dieciocho mil años.

—A ver, ¿hacia dónde creéis que mira ese caballo, chicos? —Sandra, que estaba justo delante de nosotros, volvió a interpelar a los pequeños sin extrañarse ni por un segundo de su agudeza visual—. ¿Qué pensáis que quiere decirnos?

—¡Está volando hacia la cueva! —reaccionó Martín.

—*Quiede que entemos* —precisó Sofi, con los últimos coletazos de su graciosa lengua de trapo.

La chica les golpeó con suavidad la parte superior de los cascos.

—¡Muy bien! Sois unos observadores excelentes —aplau-

dió Sandra—. Descubrir un caballo prehistórico aquí, a la entrada de una caverna, es algo muy especial, ¿sabéis? Y me parece que Sofía tiene razón: podría ser una antigua señal para decirnos que estamos a las puertas de una cueva con más criaturas flotantes en el interior.

—¿Y por qué flotan? —indagó Martín.

—Pues porque son mágicas. Las pintaron hace entre quince y cincuenta mil años. Si queréis, podemos pasar a verlas y...

—¿Eso es de la época del abuelo? —interrumpió la niña.

—¡De mucho antes! —rio la guía mientras las pecas revoloteaban por sus mofletes—. En la época del abuelo del abuelo del abuelo...

—Oh, ¿de verdad?

—Los hombres que vivieron aquí rara vez representaban nada a la entrada de sus santuarios. Por eso creemos que esta imagen es una especie de *señal*, una *invitación*.

—Una invitación —repetí fascinado por el tono de cuentacuentos que, de pronto, había adoptado Sandra.

—Quién sabe —se encogió de hombros—. Quizá con ella nos están diciendo que, si seguimos a este ejemplar, descubriremos cómo volar nosotros también.

No la entendí. Pero entonces la guía dejó de mirarme y, agachándose a la altura de los niños, añadió:

—Qué, ¿entramos? ¿Os atrevéis o no?

